

hallar nuevas formas de expresión, o mediante la insurrección reformadora. Por esto las épocas de florecimiento de una mística no son, por lo regular, las épocas iniciales de un nuevo sentido religioso de la vida, sino aquellas en que ese sentido ha sido dogmáticamente formulado y precisado en todas sus partes. La mística es la salida de la creatividad hacia formas nuevas que no vulneren la integridad del dogma, y que se mueven en una esfera distante de los meros enunciados teológicos.

Y finalmente, de tipo distinto es la presión que sobre la creatividad espiritual se ejerce en la vida científica, en la historia del pensamiento. Los principios poseen una entidad propia. El hombre puede formularlos, aceptarlos, imprimir su sello personal a la manera de situarse ante la ciencia, pero nada puede ante su contenido lógico interno. Esta vida propia de las ideas, su trabazón y encadenamiento objetivos, condicionan la autonomía del factor personal. El hombre teórico de Spranger, el pensador o el sabio de todas las épocas, formulan los principios, y éstos adquieren inmediatamente una sustantividad propia y reobran sobre la vida personal, originando una interrelación entre las ideas y la conciencia. Semejante reciprocidad no anula—ni remotamente—la capacidad creadora, la posibilidad de nuevos hallazgos y de nuevas tensiones intelectuales; pero con toda evidencia, sin producir anulación, condicionan y ponen estrecho cerco a la creatividad.

Todo esto, en orden al desarrollo artístico, acontece en escala mínima. El artista experimenta enormemente reducidas las presiones y los condicionamientos exteriores. El reino del arte es el reino de la voluntad.

De ahí que para una concepción voluntarista de la Historia tenga un singular relieve todo cuanto se refiera

